

I

ARRIBO A GREYTOWN • EL RÍO SAN JUAN •
LA BARRA DEL PUERTO • CRUZANDO LA BARRA •
VIDAS PERDIDAS • TIBURONES • CRISTÓBAL COLÓN •
ASPECTO DEL PUEBLO • COMERCIO •
SALUBRIDAD DEL PUEBLO Y SU PROBABLE CAUSA •
COMPARACIÓN ENTRE GREYTOWN, PERNAMBUCO Y MACEIO •
FRUTAS SILVESTRES • PLANTAS •
LOROS, TUCANES Y TANÁGRIDOS • MARIPOSAS Y ESCARABAJOS •
FORMAS MIMÉTICAS • LAGARTOS •
MUCHACHO AHOGADO POR UN LAGARTO EN BLUEFIELDS •
SUS MÉTODOS PARA CAZAR SAÍNOS



A MEDIODÍA DEL 15 DE FEBRERO DE 1868, el *Solent*, navío de Su Majestad Británica, anclaba en Greytown o San Juan del Norte, puerto atlántico de Nicaragua, Centroamérica. A una milla del litoral, contemplábamos una costa baja y plana, extendida ante nosotros. Era el delta del río San Juan, al cual confluyen las aguas de gran parte de Nicaragua y Costa Rica y que da salida al Gran Lago de Nicaragua. Su cuenca alcanza hasta pocas millas del Pacífico, pero aquí en el istmo de Centroamérica, como en los grandes continentes al norte y al sur, la mayor parte del drenaje fluvial corre hacia el Atlántico.

Durante la estación de las lluvias, el río San Juan es majestuoso; y aún durante la época seca, entre marzo y junio, el agua procedente del Lago sería suficiente para mantener abierto un buen puerto, si, a unas veinte millas de su desembocadura, no comenzara a perder fuerza al enviar un ramal, el río Colorado, y a dividir la mayor parte de su caudal en canales laterales. Hace veinte años la corriente principal pasaba por Greytown, que entonces era un puerto magnífico al cual arribaban grandes embarcaciones; pero en los últimos años el ramal del Colorado le ha ido robando poco a poco sus aguas. En consecuencia, el puerto se ha embancando; ahora los barcos tienen que anclar afuera y luego hay que salvar en bote una barra poco profunda, peligrosa en mal tiempo.

Todo lo que podíamos ver desde el vapor era la playa arenosa, sobre la cual se rompía un oleaje blanco, una orla de matorral con unas pocas palmeras de copas plumosas y, a lo lejos, un fondo de follaje oscuro.

Antes de desembarcar se oyó un disparo y, como rápida respuesta a la señal, varias canoas impulsadas por remeros negros de la Costa de los Mosquitos, llamados allí “caribes,” cruzaron la barra y en pocos minutos estaban a nuestro lado. Instalado en una de las canoas con mi equipaje, los caribes remaron rápidamente hacia la costa. Al llegar a la barra, la superaron con habilidad: aprovecharon una ola alta, de esas que forman tumbos, y, remando con todas sus fuerzas, remontaron su lomo que nos fue a depositar en las tranquilas aguas del río.

Se han perdido muchas vidas en esa barra. En 1872 el comandante de la Expedición Geodésica de los Estados Unidos, junto con seis de sus hombres, se ahogó al intentar cruzarla en mal tiempo. Sólo se encontraron unos pocos restos despedazados, pues al horror de zozobrar en ese lugar, se agrega que cardúmenes de grandes tiburones merodean por la entrada del río y descontrolan al más valiente en el momento crítico. Vimos una aleta desplazarse perezosamente sobre el agua. Los marinos se entretienen a menudo pescándolos con grandes anzuelos a los que sujetan trozos de carne.

Es probable que en una de esas bocas del San Juan haya perdido Colón, en su cuarto viaje, un bote que, enviado por leña y agua dulce, a la vuelta encalló en la barra. Colón había doblado el Cabo Gracias a Dios cuatro días antes y, con viento y marea favorables, había bajado a la costa. Fácilmente pudo arribar al San Juan.

Traspasada la barra estábamos en aguas seguras, pues sólo una pequeña corriente desemboca en el canal. A la derecha se extendía la playa arenosa; a la izquierda, grandes manojos de hierba emergían sobre las aguas poco profundas. Bancos de hierbajos han cubierto lo que antes fuera espacioso puerto y el ganado chapotea entre los juncales, donde hace veinte años hubiera anclado una fragata.

Abundaban en los marjales las aves acuáticas, entre las cuales sobresalían las garzas blancas y un jacaná¹ color chocolate, con amarillo limón bajo las alas. Un gran lagarto se arrastró desde una punta lodosa hasta el agua; allí flotó mostrando solamente los ojos y las escamas puntiagudas del lomo sobre la superficie del agua.

El pueblo estaba ya a la vista, limpio, con sus casas pintadas de blanco y cocoteros empenachados erguidos sobre ellas. Desembarcamos en uno de los muelles extendidos sobre el río.

Greytown, aunque sólo un pequeño lugar, es uno de los pueblos tropicales más limpios que he visitado. Las casas, especialmente en el sector comercial, son de madera, bien construidas, pintadas de blanco, con techos café. Bonitos jardines rodean o preceden a muchas de ellas. Otras están casi escondidas entre palmeras, árboles de fruta de pan, naranjos, mangos y otros frutales del trópico. Una primorosa enredadera, *Antigonon leptopus*, festoneada de flores rosadas, adornaba algunos de los jardines; los nativos la llaman "bellísima:" la encontré después, en forma silvestre, en las provincias de Matagalpa y Segovia, donde se considera la favorita de los indios amantes de las flores. La topo-

¹ Jacaná, *Jacana spinosa*, conocida en Nicaragua con el nombre de "gallinita de playa" (NT)

grafía de Greytown y sus alrededores es perfectamente plana. La plaza, los patios y muchas de las calles están cubiertos de grama, que forma una hermosa alfombra para caminar.

Casi todo el comercio del pueblo está en manos de extranjeros. Uno de los más emprendedores es el señor Hollenbeck, norteamericano. Considerable importación se lleva de los Estados Unidos e Inglaterra, siendo las principales exportaciones café, añil, cueros, cacao, azúcar, madera y hule. Visité al Dr. Green, Cónsul Británico, caballero cortés y amable, pronto a dar protección o consejo a sus paisanos y en relaciones muy amistosas con las autoridades nativas. Ha vivido en Nicaragua por muchos años y sus bondades, especialmente la asistencia médica que presta en forma gratuita en los casos de emergencia, lo han hecho muy popular en Greytown. Su hermosa casa y patios, con una avenida de cocoteros en plena fructificación, constituye una de las vistas más atractivas de Greytown. También conocí al señor Paton, el Vicecónsul, igualmente servicial, con quien estoy en deuda por la abundante información que me suministró acerca del comercio del puerto, particularmente sobre la exportación del hule, de la cual ha sido uno de los principales promotores.

Detrás del pueblo existe una laguna alargada; por varias millas adentro, la tierra es totalmente llana, salpicada de lagunetas, charcos y muchos marjales. Podría pensarse que Greytown es un sitio muy insalubre por estar en un lugar pantanoso, plano y sin ningún sistema de drenaje —natural o artificial— salvo el suelo arenoso. Sin embargo a pesar de esta aparente desventaja, más el hecho de que durante nueve meses está sujeto a torrenciales lluvias tropicales, es un lugar comparativamente salubre y más libre de fiebres que numerosos sitios que parecen estar mejor situados. Mucho de esto se debe a la porosidad del suelo arenoso, pero principalmente, en mi entender, a lo que pudiera considerarse a primera vista un inconveniente, cual es la perfecta nivelación del terreno. En efecto, donde existen colinas, hay depresiones donde el aire se estanca; mientras que allí, donde el terreno es completamente plano, los alisios que soplan

constantemente se esparcen por todas partes arrastrando los miasmas del suelo. Como ejemplo similar puedo mencionar la ciudad de Pernambuco, en la costa oriental del Brasil, con 80,000 habitantes. Perfectamente nivelada como Greytown, se alza unos pocos pies sobre el nivel de los canales que la entrecruzan y rodean. Las partes más densas de la ciudad son notables por sus malignos olores y suciedad, pero aunque enteramente sin drenaje, es célebre por su sanidad; mientras que, un poco más costa abajo, el pueblo de Maceio, situado a unos 60 pies sobre el mar, y rodeado por serranías ondulantes y con buen drenaje natural, es mucho más insalubre, siendo las fiebres muy frecuentes. Al igual que en Greytown, en Pernambuco los vientos soplan con mucha regularidad y no existen colinas ni hondonadas que impidan los movimientos del aire, de modo que las emanaciones impuras no pueden acumularse.

Alrededor de los claros próximos a Greytown se encuentra un matorral achaparrado en el cual se destacan muchos guayabos, *Psidium sp.*, cuya fruta es como una pequeña manzana llena de semillas, de sabor ligeramente ácido y de la cual se hace una célebre jalea. La fruta a veces ocasiona fuerte indigestión y muchos de los nativos no tragan la semilla sino la parte más pulposa únicamente, que se dice es inocua.

También vi otra fruta que crece por allí: es una baya amarilla del tamaño de una cereza, llamada “nancite” por los nativos, que a menudo la conservan en alcohol y la comen como aceituna. Detrás del matorral, que crece donde la selva original ha sido cortada, existen grandes árboles cubiertos con numerosas epifitas: *Tillandsias*,² orquídeas, helechos y centenares de otras, que hacen de cada árbol un jardín aéreo. Grandes aráceas, a horcajadas en los troncos, envían raíces como cuerdas al suelo, mientras las lianas enlazan los árboles o cuelgan en vueltas o lazos como el desordenado aparejo de un navío.

² *Tillandsia usnoides*, epifita que cuelga como “paste” de las ramas de ciertos árboles. También la llaman “Barba de Viejo.” (NT)

Loros verdes vuelan en chillantes bandadas o anidan en parejas entre el follaje; los tucanes brincan entre las ramas moviendo de un lado a otro sus picos largos y vivamente coloreados, con el aspecto de una estampa pasada de moda. Un bello tanágrido, *Ramphocoelus passerinii*³ frecuenta los linderos del bosque; es de color negro aterciopelado, excepto un parche rojo encendido sobre la rabadilla, que hace al pájaro muy llamativo. Solamente el macho es así, pues la hembra viste un sobrio plumaje verde-café. Creo que este pájaro es polígamo, porque siempre se ve a varias de las cafés rodeando a uno de los rojinegros. Por sus colores brillantes el macho se destaca ante las aves rapaces, a diferencia del plumaje opaco, menos llamativo de las hembras. Así cuando van a cruzar un claro del bosque, tal como un sendero, dos o tres de las hembras pasan primero, antes que el macho se aventure, el cual siempre toma más precauciones, procurando disimularse mejor entre el follaje que sus compañeras.

Caminé algún trecho dentro del bosque, siguiendo senderos cenagosos abiertos por los carboneros, y descubrí muchos insectos bellos y curiosos. Entre las numerosas y más características mariposas de la América tropical, se encontraban las grandes y azuladas *Morphos* y las *Helicónidas*, delgadas, con las débiles alas rayadas y manchadas de amarillo, rojo y negro. Entre los escarabajos descubrí un curioso longicornio, *Desmiphora fasciculata*, cubierto de largos pelos café y negros y muy parecido a las pilosas orugas cortas y gruesas, que son comunes en los matorrales. Otras especies muy similares se esconden bajo las ramas y troncos caídos, pero ésta se halla muy adherida y expuesta entre las hojas, con las antenas replegadas contra su cuerpo; su parecido con una oruga era tal, que me engañó al principio. Es bien sabido que los pájaros insectívoros respetan una oruga pilosa, y éste es uno de los innumerables ejemplos que existen de insectos con protección especial contra sus ene-

³ Este pájaro es el llamado "Sargento," residente común de la vertiente húmeda del Caribe de Nicaragua (NT)

migos, que son imitados por otros de diferentes géneros y aún de distintos órdenes. De la misma manera, avispas y hormigas ponzoñosas tienen un gran número de imitadores entre las polillas, escarabajos y otros bichos; podría relatar muchos hechos curiosos en relación con estas imitaciones miméticas.

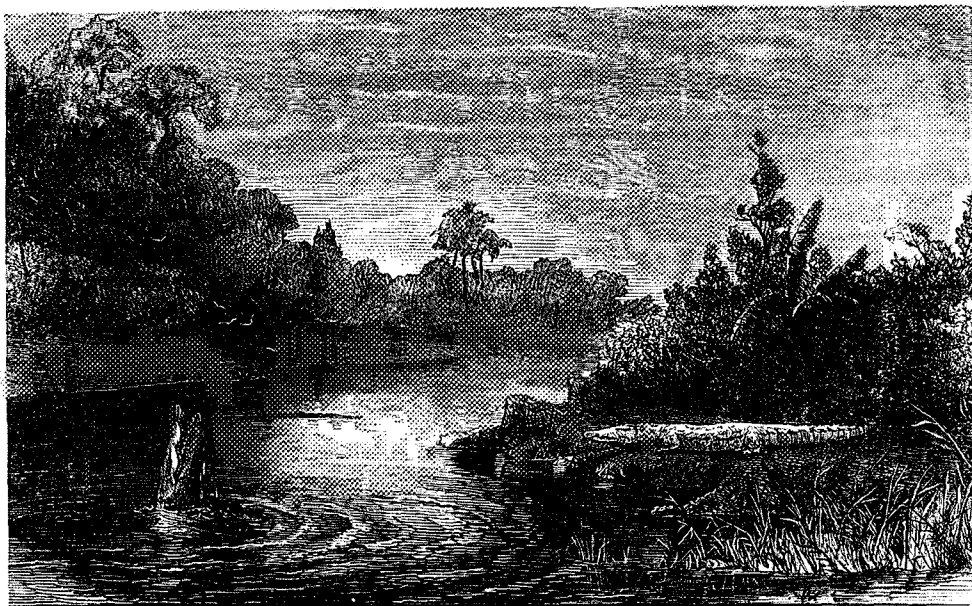
Para aquellos que desconocen las admirables anotaciones del señor Bates⁴ sobre formas miméticas, debo aclarar que cuando hablamos de una especie que "imita" a otra, no queremos dar a entender que tal situación es el resultado de un acto consciente. Se usa tal palabra a falta de un término que debería ser acuñado para expresar tal idea. En efecto las engañosas similitudes entre los insectos se originaron, de acuerdo con los sostenedores de la teoría del origen de las especies, por la selección natural, a partir de ciertas variedades de una especie que tenían cierto parecido con otra, poseedora de medios especiales de protección, logrando por tanto evadir a sus enemigos gracias a esta inconsciente imitación. El parecido que en un principio era quizá remoto, en el curso de las edades fue progresivamente intensificándose en las variedades imitadoras, hasta que adquirieron la forma, el color o los movimientos más ajustados a los de la especie imitada. Estos parecidos se presentan no solamente entre insectos de diferentes géneros y órdenes, sino que también entre insectos y flores, hojas, ramitas y cortezas; y entre insectos y objetos inanimados. También sirven a menudo estas imitaciones para encubrimientos, como el caso de las hojas imitadas por insectos de aspecto folioso y por muchas mariposas; o para engaño, que permite a la especie predatora acercarse a su presa, como esas arañas parecidas a los pétalos de las flores entre las que se esconden.

Para no volver a insistir sobre mis experiencias en Greytown, mencionaré aquí una visita posterior que hice a ese lugar. En esa ocasión cabalgué unas pocas millas hacia el norte a lo

⁴ Henry Walter Bates *The Naturalist in the Amazon River.*

largo de la playa. A mi regreso, até el caballo y caminé aproximadamente una milla sobre el banco arenoso, que se extiende hasta la desembocadura del río. Un canal largo y profundo es sitio favorito de los lagartos. En el extremo de una punta arenosa, donde crecen algunos arbustos, observé varios objetos oscuros cerca del agua. Se trataba de lagartos tostándole al sol. Al acercarme, la mayoría se arrastró al agua. Para conseguir una calavera de unos de estos monstruos, pocos días antes el señor Hollenbeck había estado cazándolos con un rifle; yo me tropecé con uno de los que él había tirado. A medida que avanzaba sobre la playa, encontré muchos de no menos de quince pies de longitud. Uno descansaba inmóvil. Creyéndolo muerto, caminé hacia él, cuando a unas tres yardas, noté que la membrana del ojo se movía. Salvo esta indicación, estaba completamente quieto, proyectando sus dientes por fuera de sus labios, lo cual contribuía a su marcada fealdad y le daba apariencia de muerto. No cabía duda, sin embargo, acerca del movimiento de la membrana que le cubría el ojo. Me devolví por ahí cerca buscando un leño para lanzárselo, pero cuando regresé, el animal había desaparecido bajo el agua. Un hábito de los lagartos es descansar completamente inmóviles para capturar a los animales que se les acercan. Si el que encontré estaba esperando que me aproximara dentro del radio de su poderosa cola, nunca lo sabré; pero tuve la sensación de que había escapado de un gran peligro. Es curioso notar la audacia de estos animales: pocos días después que el señor Hollenbeck había estado disparándoles, no menos de veinte estaban en medio de la corriente; al flotar parecían leños en el agua, excepto uno que sacaba la cabeza para dar un bramido como de toro.

Algunas veces matan terneros y potrillos y, según me dijeron, uno había cogido un caballo adulto, pero en el forcejeo algunos nativos corrieron a rescatarlo y lo salvaron de que lo arrastrara al agua y lo ahogara. Supe de varias historias de personas víctimas de los lagartos, pero sólo una era fidedigna. Me la contó el jefe de la excelente Misión Morava en Bluefields, testigo del suceso. Un



Lagartos en el río San Juan

domingo, después del servicio en la capilla, varios muchachos fueron a bañarse al río, que en esa época estaba muy lodoso. El primero en zambullirse, un muchacho de unos doce años, fue inmediatamente atrapado por un gran lagarto y arrastrado bajo el agua. Mi informante y otros lo siguieron en una canoa, para recuperar finalmente el cuerpo sin vida. El lagarto no puede devorar a sus presas debajo del agua, pero las arrastra a tierra, después que las ha ahogado. Se dice además que captura saínos en el bosque cerca del río, donde yacen semienterrados. Cuando los cerdos se acercan husmeando el suelo, el lagarto se queda inmóvil hasta que uno se pone a su alcance; entonces lo atrapa y arrastra al río. También se les ve en días calurosos dormitando con las fauces ampliamente abiertas, entre leños y sobre penínsulas arenosas. Los nativos creen que están cazando moscas, que en gran número son atraídas por su saliva, y que, cuando han colectado

suficientes, cierran la quijada y las atrapan. Posiblemente se trata de una suposición, pues en todos los países semicivilizados que he visitado me he encontrado con que los nativos, renuentes a admitir su ignorancia, inventan cualquier explicación, que más bien la pone de manifiesto.

II

COMIENZA EL VIAJE RÍO ARRIBA ° PALMAS Y CAÑAVERALES SILVESTRES °
PLANTÍOS ° EL RÍO COLORADO ° PROYECTO PARA MEJORAR EL RÍO °
AVANCE DEL DELTA ° MOSQUITOS ° NOCHE DESAGRADABLE °
HERMOSA MAÑANA ° VEGETACIÓN DE LAS RIBERAS °
EL RÍO SARAPIQUÍ ° MOMÓTIDOS ° HORMIGAS GUERREADORAS °
SUS MÉTODOS DE CAZA ° PÁJAROS HORMIGUEROS °
ATAQUE A LOS NIDOS DE OTRAS HORMIGAS °
DEFENSA DE LOS NIDOS DE LOS PÁJAROS °
CAPACIDAD DE RAZONAMIENTO EN LAS HORMIGAS °
PARALELISMO ENTRE MAMÍFEROS E HIMENÓPTEROS ° UTOPÍA



ENCONTRÉ EN GREYTOWN el bote de correo de la *Chontales Gold Mining Company*, que baja mensualmente a cargo del capitán Anderson, un inglés que ha viajado por casi todo el mundo. La tripulación consistía de cuatro zambos, célebres en estas costas por su destreza como boteros. Aparte de nosotros, enrollamos otros tres negros con destino a las minas, con lo que quedé más bien incómodo con mi equipaje, ya que el viaje sería largo. El bote era de cedro, *Cedrela odorata*, excavado en un solo tronco, los lados levantados y reforzados con entabladuras.

Esto le confería fortaleza, ubicando la fuerza y el grosor hacia el fondo, donde más se requerían para resistir los porrazos contra las rocas de los raudales. En una ocasión, bajando un peligroso raudal sobre el río Gurupi, al norte de Brasil, fuimos lanzados por la fuerza de la bullente corriente contra una roca, con tal vigor, que poco faltó para que fuésemos expulsados; pero la fuerte canoa no se dañó, aunque ningún bote hubiese resistido tal impacto.

Habiendo decidido remontar el río en ese bote, nos aprovisionamos para el viaje; uno de los negros convino en actuar como cocinero. Después de arreglar todo y desayunar con mis gentiles amigos, el matrimonio Hollenbeck, me despedí y acomodé en el estrecho espacio del bote que debía ocupar por seis días. El capitán Anderson tomó el timón, los “caribes” zambulleron sus remos y nos deslizamos a lo largo de un estrecho canal entre la alta hierba y los juncos que casi nos tocaban por ambos lados. Greytown, con sus blancas y limpias casas, sus palmeras plumosas y sus árboles de fruta de pan de grandes hojas, pronto se perdió de vista, mientras nuestros boteros remaban con la mayor destreza y fortaleza, deslizando la canoa a través del agua tranquila. Pronto salimos a un canal ancho, por donde pasaba una corriente más fuerte, que nos obligó a acercarnos a la orilla. Las riberas, al principio, eran bajas y cubiertas por marjales, cortadas por numerosos canales. El árbol principal era una palmera de hojas ásperas. Crecían también grandes manojos de cañas silvestres y zacate, entre los cuales vimos ocasionalmente curiosas lagartijas verdes, con expansiones semejantes a hojas (como las de los insectos foliados), que simulan la vegetación donde buscan su presa.

A medida que avanzábamos por el río, las riberas gradualmente aparecían más altas y secas. Pasamos frente a algunas pequeñas plantaciones de banano y otros cultivos entre los claros del bosque, que por allí consiste de una gran variedad de árboles dicotiledóneos, con muchas palmeras altas y gráciles; y de una vegetación más baja formada por helechos, pequeñas palmas,

melastomáceas, helicónidas, etc. Las casas en las plantaciones eran miserables chozas pajizas, escasamente amuebladas; sus dueños pasan el tiempo meciéndose en sucias hamacas; de vez en cuando cargan las canoas para vender sus productos en Greytown. Es muy raro ver trabajando a uno de estos advenedizos colonizadores. Sus reducidos plantíos y a veces algunos pescados del río son suficientes para mantenerlos vivos e indolentes.

A las siete alcanzamos el ramal del Colorado, que acarrea al mar la mayor parte de las aguas del San Juan. Desde allí, al comienzo del delta, hay unas 20 millas a Greytown y sólo 18 a la desembocadura del Colorado. La corriente principal pasaba anteriormente por Greytown, lo que mantenía en ese entonces el puerto abierto; pero hace pocos años, durante una notable crecida, el río ensanchó su curso y ahondó la entrada al canal del Colorado, con lo cual el puerto de Greytown se ha venido embancando.

En la actualidad (1873), hay unos doce pies de agua sobre la barra del Colorado en plena estación seca, mientras que la desembocadura en Greytown se cierra por completo algunas veces. Los comerciantes de Greytown tienen el proyecto de dragar el canal nuevamente, pero ahora que el río ha encontrado una vía más expedita por el Colorado, sería una faena hercúlea; costaría mucho menos trasladar el pueblo entero hasta el Colorado, donde se podría habilitar un buen puerto dragando la barra. Desgraciadamente el Colorado desemboca en Costa Rica y el ramal de Greytown en Nicaragua, por lo cual existe una constante disputa entre ambos estados por el desagadero de este amplio río; esto hace que cualquier plan por el mejoramiento del puerto sea impracticable por el momento. Una solución eficaz a la dificultad sería la federación de las dos pequeñas repúblicas. Sin embargo, los líderes políticos de ambos países, que ven en ello un peligro para sus mezquinas ambiciones, no se arriesgarán por esta solución, de modo que la cuestión de los límites seguirá abierta, amenazando arrojar a los dos países a una guerra empobrecedora en cualquier momento.

Si el Colorado no es encauzado por el hombre, acarreará en el transcurso de las edades, grandes cantidades de lodo, arena y troncos de árboles; gradualmente formará bancos en su desembocadura, empujando cada vez más el delta y avanzándolo con relación al resto de la costa. Entonces el río se abrirá otro paso a través de un canal más corto, y el Colorado quedará embancado como pasa con el bajo San Juan en el presente. En efecto, los numerosos caños y las angostas lagunas por todo el delta, muestran los semiaterrados cursos que el río ha seguido en diferentes épocas.

Nuestros boteros remaron hasta las nueve de la noche, hora en que anclamos en medio del río, que tendría allí unas cien yardas de anchura. A pesar de lo distante que estábamos de la ribera, no lo estuvimos de los mosquitos que vinieron en miríadas a banquetearse con nuestra sangre. Dormir fue imposible y para colmo de la incomodidad, la lluvia caía a torrentes. Llevábamos una vieja carpa, tan llena de agujeros, que el agua se filtraba a pequeños chorros, de modo que pronto estuve calado hasta los huesos. Considerando la lluvia y los mosquitos, fue una de las noches más incómodos que he pasado en mi vida.

Hacia las 4:00 a.m., la luna menguante brillaba alta, poniendo fin a esa larga y funesta noche; pudimos reanudar el viaje río arriba. Al amanecer cesó la lluvia y la neblina se disipó, reviviendo nuestro espíritu, olvidado de las incomodidades de la noche, ante la admiración de las bellezas del río. Las riberas estaban escondidas por una cortina de plantas trepadoras y bejucos, cargados de bellas flores, y el verdor era salpicado sin cesar por los blancos troncos de los guarumos. De vez en cuando pasábamos por lugares más abiertos que nos permitían columbrar, entre las sombras de la selva, palmeras de tallos delgados y bellos helechos arborescentes, en contraste con las grandes hojas de las heliconias⁵. A las siete desayunamos sobre un banco arenoso,

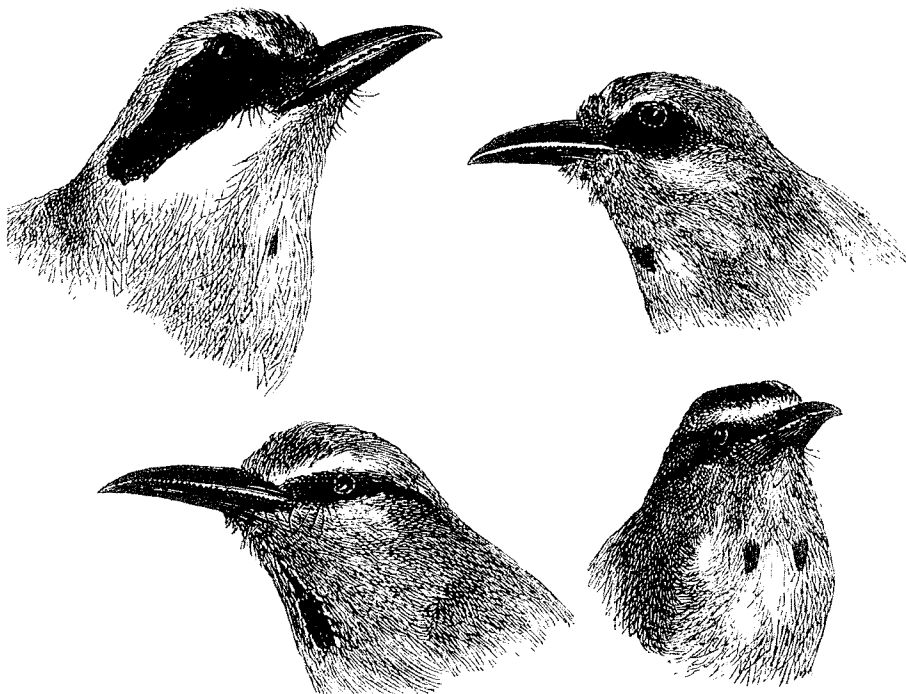
⁵ "Platanillos" (NT)

donde secamos nuestras ropas y mantas. Se veían numerosas huellas de lagartos, pero no era la época para buscar sus huevos entre la arena. Al cabo de un mes, en marzo, cuando el río baja, se ofrecen en abundancia al paladar de los boteros.

A mediodía llegamos al punto donde el Sarapiquí, río que baja del interior de Costa Rica, se junta con el San Juan, unas treinta millas arriba de Greytown. El Sarapiquí es navegable en canoa hasta unas veinte millas río adentro. Un camino abrupto, transitable en mula, completa el trayecto hasta San José, capital de Costa Rica. Remamos el resto de la tarde con pequeños cambios en el río. A las ocho anclamos para pernoctar y aunque llovió de nuevo fuertemente, yo estaba preparado: me enrosqué bajo de un paraguas dentro de la carpa y así me las arreglé para dormir un poco.

Partimos nuevamente antes del amanecer, parando como a las diez en un pequeño claro para desayunar. Di un paseo por la sombría selva, pero no me fue fácil a causa de las numerosas plantas rastreras y trepadoras que se entremezclan. Descubrí una de las grandes momótidas, *Momotus martii*,⁶ de color verde oliva y café, posado sobre la rama de un árbol, moviendo su larga y curiosa cola de un lado a otro hasta ponerla casi en ángulo recto con su cuerpo. Posteriormente me encontré con otras especies en las selvas y llanuras de Chontales. Todas tienen varios caracteres en común, asociados en una serie de gradaciones; uno de éstos, es una mancha de plumas negras sobre el pecho.

⁶ Pájaros conocidos vernacularmente con el nombre de "Guardabarrancos" (NT)



Cabezas de Guardabarrancos

En algunas especies esta mancha está orlada de azul, en otras, como en la ya mencionada, forma sólo un pequeño punto negro casi escondido entre las plumas rojizas del pecho. Tales caracteres, muy destacados en algunas especies o esfumados en otras en varias gradaciones, hasta hacerse insignificantes, sin borrarse del todo, son reconocidos por los naturalistas en numerosos géneros, explicándose únicamente por la suposición de que las diferentes especies descienden de un progenitor común.

Cuando regresaba al bote, me crucé con una columna de hormigas guerreras que arrastraban miembros y cuerpos mutilados de insectos capturados en sus correrías. Posteriormente me encontré a menudo con estas hormigas en los bosques. Creo sería conveniente hacer aquí un paréntesis, para exponer todos los hechos que aprendí sobre ellas.

Las *Ecitones* u *hormigas guerreadoras* son muy comunes por toda Centroamérica. A diferencia de los zompopos, que son herbívoros, las *Ecitones* son cazadoras: se alimentan principalmente de insectos y otras presas. Y como curiosa analogía con los pueblos cazadores del género humano, tienen que cambiar de terreno de caza una vez que ésta se termina, moviéndose a otro. En Nicaragua se les conocen generalmente como “hormigas guerreras.” Una de las especies más pequeñas, *Eciton predator*, visitaba de vez en cuando nuestra casa: invadía pisos y paredes, escudriñaba las rendijas, extrayendo cucarachas y arañas, que eran cogidas, haladas o desmembradas para su transporte. Los individuos de esta especie son de diversos tamaños, midiendo las más pequeñas una línea⁷ y cuarta, mientras que las más grandes llegan a las tres líneas, o sea, a un cuarto de pulgada. Me encontré en los bosques con grandes ejércitos de éstas u otras especies similares. Atrajo primero mi atención hacia ellas, el gorjeo de unos pajaritos, pertenecientes a diferentes especies, que tienen la costumbre de seguir a las hormigas por el bosque. Al acercarme para averiguar la causa del gorjeo, me encuentro con un denso cuerpo de hormigas de tres a cuatro yardas de ancho, tan compacto que ennegrece todas las grietas y por debajo de las hojas caídas. En los flancos y delante de la masa principal, se desprenden columnas más pequeñas, que se abalanzan primero sobre cucarachas, saltamontes y arañas. Los insectos asediados escapan veloces, pero muchos, en su confusión y terror, saltan directo al centro de la masa principal. En medio de sus enemigas, un saltamontes brinca vigorosamente con quizás dos o tres hormigas adheridas a sus patas; se detiene para descansar y ese momento le es fatal, pues sus minúsculas adversarias se arrojan sobre él y después de pocos e infructuosos forcejeos sucumbe a su destino; pronto es mutilado, para ser enviado en pedazos a las columnas de la retaguardia.

La más grande cacería de las hormigas acontece cuando si-

⁷ Doceava parte de la pulgada, equivalente a dos milímetros aproximadamente. (NT)

tian un arbusto caído, pues las cucarachas, arañas y otros insectos, en lugar de escapar inmediatamente ascienden por las ramas, donde se refugian, mientras las huestes de hormigas ocupan todo el terreno colindante. Luego, una por una suben las perseguidoras, arrinconando a sus presas hacia los extremos de las más pequeñas ramas, hasta obligarlas a saltar y caer en medio de sus huestes, donde son capturadas y desmembradas. Muchas de las arañas escapan descolgándose por su tela, salvándose así de sus enemigas, que pululan por arriba y por abajo.

Me di cuenta que las arañas por lo general son más inteligentes para escapar, a diferencia de las cucarachas y otros insectos que buscan refugio en el primer escondite que encuentran, sólo para ser capturadas y extraídas por las hormigas de las avanzadas. He visto grandes arañas adelantándose varias yardas y lograr ponerse aparentemente a prudente distancia de sus enemigas. Recuerdo una araña segadora *Phalangidæ*, que parada en medio del ejército y con la mayor circunspección y sangre fría, alzaba una por una sus largas patas, manteniéndolas fuera del alcance de las hormigas. Algunas veces hasta cinco de sus ocho patas estaban levantadas simultáneamente, y cuando una hormiga se aproximaba a una de las patas soportadoras, la araña siempre encontraba algún espacio libre para apoyar otra, y de este modo alzar y poner fuera de peligro la pata amenazada.

Es aún más sorprendente la conducta que observé en un saltamontes verde, con aspecto de hoja. Este insecto se quedó inmóvil en medio de un enjambre de hormigas, muchas de las cuales corrían sobre sus patas sin percatarse que lo hacían sobre su presa. Tan arraigado era su comportamiento, basado en el instinto de que su seguridad dependía de su inmovilidad, que pude levantarlo y volverlo a poner, sin que hiciera el menor esfuerzo por escapar. Esta especie tiene aspecto de hoja verde, y su apariencia debió engañar a los otros sentidos de las *Ecitones*, que parecen ser más agudos que el de la vista. Pudo haber escapado fácilmente usando sus alas, pero habría caído en un mayor peligro, pues los numerosos pájaros que acompañan a los ejér-

bitos de hormigas están siempre atentos para atrapar a los insectos saltadores; y en este caso, por su vuelo pesado, los saltamontes, chapulines y cucarachas no habrían tenido escapatoria. Varias especies de pájaros formicáridos acompañan siempre a estas hormigas en el bosque, pero no se alimentan de ellas, sino de los insectos que ellas perturban. Además de los formicáridos, trogónidos y dendrocoláptidos, a menudo se ven otras variedades de pájaros en las ramas, a lo largo del trayecto de las hormigas, a la expectativa de capturar los insectos que logran escapar.

Una vez cogidos por las hormigas, los insectos son desmembrados; sus grandes cuerpos mutilados son transportados hasta la retaguardia, donde siempre están pequeñas columnas encargadas de estos deberes. He rastreado estas columnas a menudo; por lo general conducen a tupidas masas de impenetrables matorrales. En dos ocasiones me llevaron a grietas sobre el terreno, hasta donde las hormigas arrastran su botín. Esas habitaciones son temporales, pues a los pocos días ya no se ve ninguna hormiga en la vecindad, habiéndose mudado a nuevos terrenos de caza.

Otra especie mucho más grande de hormiga guerradora es la *Eciton hamata*; caza a veces en densos ejércitos o en columnas, de acuerdo con la presa que persigue. Cuando van en columnas buscan casi siempre los nidos de otra hormiga, *Hypoclinea sp.*, la cual cría en los huecos de los troncos podridos de árboles caídos y se le encuentra comúnmente en lugares abiertos. Cuando las *Ecitones* cazan en columnas, se ramifican en varias direcciones y se esparcen sobre los troncos caídos escudriñando por todos los huecos y grietas. Las hormigas obreras son de varios tamaños; las más pequeñas se introducen por los angostos espacios, buscando la presa en las más recónditas ramificaciones de los nidos. Cuando un nido de *Hypoclinea* es atacado, éstas escapan cargando sus larvas y pupas en la mandíbula, sólo para ser despojadas por las *Ecitones*, que las persiguen en todas direcciones con gran velocidad. Cuando encuentran una *Hypoclinea*, con una larva o pupa, le capturan la carga tan rápido que nunca pude saber exactamente cómo lo hacían.

Tan pronto como la presa ha sido asegurada, la *eciton* regresa a las columnas, que están compuestas por hormigas rastreadoras y por cargadoras de botín, todas moviéndose con la mayor rapidez y aparente prisa. Alrededor del nido asaltando todo es confusión; las *Ecitones* corren de acá para allá en la mayor prisa y desorden. Sin embargo, a pesar de esta confusión, casi ninguna *Hypoclinea* logra escapar con su pupa o larva. Nunca vi a una *Eciton* atacar a una *Hypoclinea*, conformándose únicamente con despojarla de su cría. La hormiga atacada es una especie muy cobarde y nunca se apresta al combate. Se dedica a chupar las glándulas de ciertas hojas o las secreciones de áfidos y otros insectos desatendidos por otras hormigas. Cuando una hormiga se le acerca, aunque sea más pequeña, huye inmediatamente; quizá por esta cobardía y falta de sociabilidad, se ha constituido en presa de las *Ecitones*, que respetan los nidos de otras especies.

La columna de *Ecitones* en movimiento está compuesta principalmente de obreras de diferentes tamaños. A intervalos de dos a tres yardas, marchan individuos más grandes y de color más claro, que a menudo se detienen o regresan un poco, parando y tocando a otras hormigas con sus antenas. Parecen oficiales ordenando la marcha de la columna.

Esta especie se encuentra a menudo en la selva, en busca, no de alguna presa en especial, sino cazando, como la *Eciton predator*, pero en áreas más extensas. Grillos, saltamontes, alacranes, ciempiés, pulgones, cucarachas y arañas, son extraídos de debajo de las hojas y troncos caídos. La mayoría son capturados por las hormigas y los que escapan son presa de los numerosos pájaros que las acompañan, a manera de los buitres que siguen a las caravanas en el Oriente. Las hormigas envían destacamentos de exploración a los árboles, en busca de nidos de avispas, abejas y probablemente de pájaros. Si localizan algo, comunican el descubrimiento al ejército que viene en pos; envían una columna inmediatamente a tomar posesión de la presa. Las he visto extrayendo larvas y pupas de las celdillas de grandes panales

de avispas, mientras éstas revolotean indefensas ante la multitud de las invasoras, sin poder prestar protección a sus crías.

No me cabe duda que muchos pájaros han adquirido instintos para combatir o evitar el peligro de exponer a sus pichones al ataque de éstas y otras hormigas. Trogónidos, loros, tucanes, momótidos y muchos otros pájaros, que construyen sus nidos en los huecos de los árboles o sobre el terreno, enfrentan la entrada a fin de picotear a las exploradoras en su avance, eliminándolas antes de que comuniquen la información al grueso de la columna que viene detrás. Algunos de estos pájaros, especialmente los tucanes, poseen picos bien adaptados para picotear a las hormigas antes que alcancen el nido.

Muchos pájaros pequeños viven entre las ramas de los cornizuelos, cohabitando con una hormiguita ponzoñosa, colectora de miel, cuya presencia impide a las *Ecitones* invadir este arbusto.

Entre los mamíferos, los didélfidos⁸ protegen a sus crías dentro de sus marsupias, y las hembras de muchos ratones y ratas arbóreas, poseen callosidades duras cerca de las tetas, a las que se adhieren las crías, con sus dientes de leche, para ser llevadas por sus madres a un lugar más seguro.

Los ojos de las *Ecitones* son muy pequeños; en algunas especies imperfectos y en otras totalmente ausentes. En este sentido se diferencian de aquellas hormigas que cazan solitarias, cuyos ojos están enormemente desarrollados. La atrofia de la vista en las *Ecitones* es una ventaja para la comunidad y su modo particular de cazar, puesto que las mantiene unidas, impidiendo que un individuo se aparte del grupo, en persecución de objetos que descubre a distancia. Estas hormigas, al igual que la mayoría, rastrean por el olfato; y, según creo, comunican a distancia la presencia del peligro, botín u otro mensaje, por las diferentes intensidades o cualidades de los olores que emiten⁹. Un día des-

⁸ Marsupiales como la zarigüeya, conocidos en Nicaragua con el nombre de "comadreas," siendo las más común la llamada "Zorra cola pelada" (NT)

cubrí una columna de *Eciton hamata* corriendo al pie de un corte, casi perpendicular, de una carrilera, cuya pendiente medía unos seis pies de altura. En un punto noté la agrupación de una docena de individuos en aparente consulta; repentinamente uno de ellos dejó el cónclave y, corriendo con gran velocidad, subió sin parar la pendiente perpendicular. Lo siguieron otros, quienes, sin embargo, no corrieron hasta el final del trayecto sino que regresaron repitiendo varias veces el intento de ascender, cada vez logrando una mayor altura. Evidentemente estaban impregnando la pista del cabecilla con un olor que la hiciera permanentemente reconocible. De este modo las hormigas seguían la trayectoria de la primera, aunque ésta estaba ya fuera de vista. Si la hormiga pionera se desviaba, las seguidoras la imitaban exactamente al llegar al mismo punto. Raspé con mi navaja una pequeña porción de arcilla sobre la trayectoria y las hormigas quedaron desorientadas por un rato. Tanto las que ascendían como las que descendían paraban al llegar a la parte raspada, pero haciendo cortos rodeos volvieron a rastrear la trayectoria. Desvanecidos sus titubeos, recorrían la pista con gran confianza. Una vez alcanzada la parte superior del corte, se internaron en una maleza propia para cazar y, al poco tiempo de localizar la presa, la información fue comunicada a las hormigas de abajo, y una densa columna se apresuró en su búsqueda.

Las *Ecitones* son hormigas singulares; no tienen madriguera fija, porque se mueven de un lugar a otro cuando han agotado sus terrenos de cacería. Creo que la *Eciton hamata* no permanece más de cuatro o cinco días en el mismo lugar. Algunas veces me he cruzado con columnas en migración, que se reconocen fácilmente porque todas las obreras caminan en una dirección, acarreado, entre las mandíbulas, larvas y pupas con el mayor cuidado. En diferentes puntos a lo largo de la columna los oficiales, de color claro, se adelantan y retroceden dirigiendo la mar-

⁹ En efecto, existen sustancias llamadas ferohormonas que emiten las hormigas para marcar sus caminos (NT)

cha. Tales columnas son de enorme longitud, pues contienen muchos miles, quizás millones, de individuos. A veces las he seguido por doscientas o trescientas yardas, sin encontrar el final.

Construyen sus habitaciones temporales en los huecos de los árboles y algunas veces debajo de grandes troncos caídos, que ofrecen huecos disponibles. Encontré un nido de éstos abierto por un lado y observé las hormigas acumuladas en una masa densa, como un gran enjambre de abejas, que colgaba del techo hasta tocar el piso. Sus innumerables y largas patas semejaban un tejido café, que envolvía una masa de aproximadamente una yarda cúbica, y que contenía cientos de miles de individuos, sin contar las múltiples columnas que estaban afuera acarreado larvas y pupas o los desmembrados cuerpos de otros insectos. Me sorprendió ver en estos hormigueros pasajes tubulares que conducen al centro de la masa, que es hueco y que se mantiene abierto como si estuviese formado de materiales inorgánicos. Por estos pasajes transitaban las hormigas cargadas con sus botines. Introduje una larga vara en el centro del cúmulo a la cual se adhirieron muchas hormigas con larvas y pupas, que probablemente se mantenían en calor gracias a la gran aglomeración. Además de las obreras, de color oscuro, y de los oficiales claros, encontré también individuos aún más grandes, provistos de enormes mandíbulas, que las mantienen abiertas, en actitud amenazadora, y con las que, para mi sorpresa, infieren fuertes mordiscos, de tal intensidad que estas mandíbulas quedan pegadas a la piel.

Un día mientras observaba una pequeña columna de estas hormigas, coloqué una piedrezuela sobre una de ellas. Tan pronto se acercó una compañera y descubrió la situación de la prisionera, regresó alarmada y comunicó la información a las demás. Todas se aprestaron al rescate; algunas mordían la piedra y trataban de moverla; otras se asían de las patas de la cautiva y halaban con tal fuerza que llegué a pensar que la descuartizarían, pero perseveraron hasta liberarla. A continuación cubrió otra hormiga con un terrón de arcilla, dejando la punta de sus

antenas expuestas. Pronto fue descubierta por sus compañeras, quienes comenzaron a trabajar inmediatamente; mordiendo la arcilla poco a poco; pronto la liberaron.

En otra ocasión me encontré con un grupito que se desplazaba a intervalos. Atrapando a una de ellas con arcilla, a poca distancia del camino de las otras, y con la cabeza expuesta, noté que después del paso de varias hormigas, una finalmente la descubrió y probó halarla sin éxito. Inmediatamente, alejándose con gran prisa, al punto que creí la abandonaba, fue en busca de ayuda y poco después como una docena de hormigas vinieron apuradas en ayuda de su compañera, evidentemente enteradas de las circunstancias del caso, hasta que la liberaron. No comprendo cómo esa actitud pueda considerarse un simple instinto. Se trata de ayudas compasivas, tales como se observan en el hombre, únicas entre los mamíferos superiores. La excitación y ardor que mostraron para rescatar a su compañera, no pudieron haber sido mejores que las exhibidas entre los seres humanos, donde, por lo demás, casos como éstos no se ven todos los días. Considero a las *Ecitones* las primeras en inteligencia entre las hormigas de la América Central, y como tales a la cabeza de los artrópodos. Le siguen las avispas y las abejas, y después los otros himenópteros. Entre las hormigas y los insectos inferiores existe tan gran diferencia en el poder de raciocinio, como entre el hombre y los mamíferos inferiores. Un escritor ha argumentado hace poco que entre todos los animales las hormigas son las que más se parecen al hombre en cuanto a su organización social.¹⁰ Quizás si pudiésemos comprender su maravilloso lenguaje encontraríamos que aún en sus condiciones mentales, las hormigas emulan a los humanos.

Referiré dos ejemplos más sobre el uso de las facultades racionales de estas hormigas. Una vez descubrí una ancha columna tratando de superar una pendiente desmoronadiza y casi perpendicular. Era difícil superar la pendiente sin resbalar, pero

¹⁰ Houzeau *Etudes sur les Facultés des Animaux comparés á celles de l'Homme.*

cierto número de ellas, habiendo logrado asegurarse, se afianzaron mutuamente, formando un puente, para que el resto de la columna pasara. En otra ocasión cruzaban una corriente sobre una delgada ramita no más gruesa que el cañón de una pluma. Sin embargo, engrosaron este puente natural, en tres veces su anchura, mediante otras hormigas que colgaban lateralmente, logrando que la columna pasara de tres o cuatro en fondo. Sin esta argucia habrían pasado en fila india y necesitado mayor tiempo. ¿No podríamos afirmar que tales insectos son capaces de decidir con sus poderes racionales cuál es la mejor forma de hacer una cosa y que sus acciones van dirigidas por el pensamiento y la reflexión? Refuerza este punto de vista el hecho de que los ganglios cerebrales en las hormigas están mejor desarrollados que en cualquier otro insecto, y que en todos los himenópteros, a cuya cabeza están, “estos ganglios son mucho más grandes que los de órdenes menos inteligentes, tales como el de los coleópteros.”¹¹

Los himenópteros, a la cabeza de los artrópodos, y los mamíferos, entre los vertebrados, muestran curiosos desarrollos paralelos en la historia geológica, culminando los primeros en las hormigas y los segundos, en los primates. Tanto los himenópteros como los mamíferos se originaron en la era mesozoica, pero no fue sino hasta la cenozoica cuando hormigas y monos hicieron su aparición. Hasta aquí llega su paralelismo, pues ninguna especie de hormiga ha alcanzado mayor superioridad sobre sus compañeras; en cambio, el hombre ha avanzado mucho más allá que los otros primates.

Cuando consideramos a estos insectos inteligentes que habitan en comunidades organizadas de muchos miles de individuos, desarrollando sus instintos sociales a un alto grado de perfección, efectuando sus andanzas con la regularidad de tropas disciplinadas, mostrando ingenio cuando cruzan los lugares difíciles, asistiéndose mutuamente en el peligro, defendiendo

¹¹ Darwin *Descent of Man*. VOL. I., P 145

sus nidos a riesgo de la propia vida, comunicándose información rápidamente y a gran distancia, verificando una regular división de trabajo, encargándose toda la comunidad de atender a sus crías y todos imbuidos con el mayor sentido de la industria, trabajando cada individuo, no para sí, sino para sus compañeros, podemos imaginar que la descripción que Sir Thomas More hace en “Utopía” puede aplicarse con mayor justicia a tal comunidad que a cualquier sociedad humana: “En Utopía, donde todos tienen derecho a todas las cosas, se admite que, si se toman precauciones para mantener los almacenes públicos bien surtidos, ningún hombre en particular puede codiciar cosa alguna, pues entre ellos no existe distribución desigual; en tal forma que nadie es pobre ni se encuentra necesitado; y a pesar de que nadie tiene nada, todos son ricos. ¿Acaso existe cosa que pueda hacer de un hombre tan rico como para llevar una vida serena y deliciosa, libre de angustias, de requerimientos, no interrumpida por los interminables reclamos de su compañera? No teme a la miseria de sus hijos, ni se preocupa por acrecentar la dote de sus hijas, pues está garantizado que él, su esposa, sus hijos, nietos y todas las muchas generaciones que pueda imaginar, vivirán en plenitud y felicidad.”

III

CONTINUACIÓN DEL VIAJE • JABALÍES Y JAGUAR •
BONGOS • LLEGADA A MACHUCA • EL CASTILLO •
CAPTURA DEL FUERTE POR NELSON • COMERCIO DEL HULE •
HULEROS • PROCESAMIENTO DEL HULE • MONOS CONGOS •
LAPAS • EL RÍO SÁBALOS • RESISTENCIA DE LOS BOTEROS •
SAN CARLOS • EL CANAL INTEROCEÁNICO •
VENTAJAS DE LA RUTA NICARAGÜENSE •
EL RÍO FRÍO • RELATOS SOBRE LOS INDIOS SALVAJES •
NIÑOS INDÍGENAS CAPTURADOS •
EXPEDICIONES POR EL RÍO FRÍO • VAPORES AMERICANOS



DESPUÉS DE DESAYUNAR, continuamos nuestro viaje río arriba y pasamos la confluencia del San Carlos, otro gran río que baja del interior de Costa Rica. Al poco tiempo oímos algunos jabalíes, *Dicoteles tajacu*, o “guaris”¹² como los llaman los nativos, rechinando sus dientes entre la selva. Un botero saltó a tierra y pronto disparó contra uno; lo trajo a bordo después de cortarle una glándula en el lomo, que emite un olor almizclado; después lo cocinó para la cena. Estos “guaris” viajan en manadas de 50 a 100 individuos. Se dice que se auxilian entre ellos cuando los ataca el jaguar, que es demasiado astuto.

¹² Del miskito *wari*, “sahino.” (NT)

El tigre se posa quietamente sobre la rama de un árbol en espera del paso de los “guaris”; entonces salta sobre uno de ellos y lo mata quebrándole el cuello; sube de nuevo al árbol y espera que la horda desaparezca, para regresar por su víctima y devorarla con calma.

Al poco rato vimos pasar uno de esos lanchones grandes, llamados *bongos*, que llevan productos nativos a Greytown, regresando con mercadería y harina. Este iba cargado con ganado y hule. Los bongos son botes de fondo plano, de unos cuarenta pies de largo por ocho de ancho. Sobre la popa se encuentra una pequeña cabina donde habita la esposa del capitán. El bongo es impulsado por 12 bongueros con ayuda de pértigas o “palancas.” Los bongueros poseen un solo vestido, que no usan durante el día; lo guardan debajo del cargamento, donde se mantiene seco, para ser usado por la noche. Sus cuerpos bronceados, desnudos, resplandecientes, manejando los palos impulsados al unísono, mientras cantan alguna balada, constituyen imágenes que persisten en la mente de los viajeros del San Juan. Los boteros remaron y empujaron hasta las once de la noche, hora en que llegamos a Machuca, donde existe una simple casa frente a los raudales del mismo nombre, unas 77 millas arriba de Greytown.

Desayunamos en Machuca antes de proseguir a la siguiente mañana; luego bordeamos a pie los rápidos para esperar la canoa, una vez que ésta los hubo superado. Alrededor de las cinco, después de remar todo el día, llegamos a la vista de El Castillo, donde existe un antiguo fuerte español en ruinas, coronando una colina y el río. El Castillo sólo tiene espacio para una angosta calle. Fue cerca de ahí donde Nelson perdió su ojo. Capturó el fuerte desembarcando a una media milla río abajo y arrastrando su armamento hasta una colina detrás del fuerte, desde donde lo controló. La colina está hoy talada y cubierta de zacate, que alimenta algunas pocas vacas y a muchas cabras. Enfrente del pueblo se encuentran los raudales de El Castillo, difíciles de superar; y como no existe camino que los bordee, exceptuando el paso a través del pueblo, se ha aprovechado para montar la

aduana en tal lugar donde se cobran los derechos a todos los artículos que suben al interior.

La primera visión de El Castillo, viniendo por el río, es muy bella: la colina coronada por el fuerte y el pueblito trepando sobre las laderas constituyen el centro del cuadro. Los agitados raudales claros y centelleantes, a un lado, contrastan con la tranquila y oscura selva por el otro, todo lo cual se destaca finalmente contra las colinas de zacate verde brillante, que completan el fondo del paisaje. Sólo esta visión placentera me llevé del lugar, pues la única calle es estrecha, sucia y quebrada, y cuando las sombras de la noche avanzan, enjambres de mosquitos llegan zumbando y mordiendo.

Allí conocí al Coronel M'Crae, entregado al comercio del hule. Se distinguió durante la asonada revolucionaria de 1869, organizando a sus huleros y acudiendo en ayuda del Gobierno para sofocar la insurrección. Súbdito inglés de origen, se ha convertido ahora en ciudadano nicaragüense, habiendo ocupado con gran mérito el cargo de gobernador de Greytown. Siempre oí hablar de él con mucho aprecio tanto a los nicaragüenses como a los extranjeros. Me mostró pedazos de cuerda, alfarería, utensilios de piedra, traídos por los huleros desde el río Frío, habitado por indios salvajes.

El Castillo es uno de los centros comerciales del hule. Partidas de expedicionarios son equipadas con canoas y provisiones, para internarse en los ríos, entre las selvas inhóspitas de la vertiente atlántica. Allá permanecen por varios meses con la esperanza de regresar el hule a los comerciantes que los han aprovisionado. Muchas de estas expediciones son infructuosas, pues numerosos huleros, una vez equipados, van a vender el producto a otros pueblos, donde no tienen dificultad en encontrar compradores. A pesar de estas pérdidas, les ha ido muy bien a los que han acometido esta empresa, pues el precio del hule ha subido durante los últimos años, lo que ha hecho muy remunerativo este negocio. De acuerdo con la información que me suministró Mr. Paton, las exportaciones del hule desde Greytown

han subido de 401,475 libras valoradas en 112,413 dólares, en 1867, a 754,886 libras valoradas en 226,465 dólares, en 1871.

El hule era conocido entre los antiguos habitantes de Centro América. Antes de la conquista española, los mejicanos jugaban con bolas hechas de ese material, que todavía conserva el nombre azteca de *Ulli*, del cual deriva el de *huleros*, con que los españoles llamaron a los colectores. Se extrae de un árbol diferente del que existe en el Amazonas y se procesa también de una manera distinta. Allá el árbol es el *Siphonia elastica*, una euforbiácea; en Centro América el árbol que lo produce es una especie de matapalo, *Castilloa elástica*. Se le reconoce por sus grandes hojas, que descubrí cuando ascendía por el río. Cuando los colectores encuentran en la selva un árbol virgen, construyen una escalera de lianas o bejucos, de los que cuelgan de cualquier árbol. Para hacer la escalera atan cortos pedazos de madera con pequeñas lianas, muchas de las cuales son tan fuertes como una cuerda. Entonces proceden a rayar la corteza mediante cortes en forma de “V” con el vértice apuntando hacia abajo. Cada corte se produce con espacio de unos tres pies a lo largo de todo el tronco. El látex sale del árbol una hora después y se colecta en una gran botella de estaño, plana por un lado y con tirantes para ajustarse a las espaldas. Al látex se le agrega una decocción hecha de una liana, *Calonyction speciosum*, en la proporción de una pinta por galón, hasta coagularlo en hule, que finalmente es amasado en “burruchas.” Un árbol grande, de unos cinco pies de diámetro, produce durante el primer corte unos veinte galones de látex; pueden hacerse dos y media libras de hule por galón. Supe que el árbol se recobra de sus heridas y puede cortarse de nuevo pocos meses después; pero varios que observé estaban secos, pues existe un escarabajo arlequín, *Acrocinus longimanus*, que deposita sus huevos en las incisiones y cuando eclosionan, las larvas perforan el tronco, dejándole grandes huecos. Si uno se para al pie, puede oír roer a las larvas cuando están trabajando; el aserrín que sale de sus madrigueras se apila sobre el terreno. El Gobierno no ha tomado medidas para evitar esto: cualquiera

puede cortar un árbol provocando una gran destrucción tanto entre las especies jóvenes como entre las maduras. Estos árboles crecen rápidamente; en poco tiempo se pueden establecer plantaciones que en diez o doce años llegan a ser muy productivas.

Al amanecer de la siguiente mañana dejamos El Castillo, continuando nuestro viaje río arriba. Las riberas pasaban con pocas variaciones. Vimos palmeras altas y gráciles, así como helechos arborescentes; pero la mayoría de los árboles eran dicotiledóneos. Entre estos figuran la caoba, *Swietenia mahogani*, y el cedro *Cedrela odorata*, que son raros cerca del río, puesto que me señalaron unos pocos. En la copa de uno de ellos, debajo del cual pasamos, estaban sentados algunos congos, *Mycetes palliatus*, monos negros que a veces, en especial antes de la lluvia y al anochecer, emiten aullidos amedrentadores, aunque no tan fuertes como los de las especies brasileñas. Lapas chilladoras con sus exuberantes libreas azules, amarillas y escarlata, volaban ocasionalmente sobre nosotros, no faltando tampoco los tanágridos y tucanes.

A unas doce millas arriba de El Castillo, alcanzamos la desembocadura del río Sábalo; paramos en una casa para desayunar. El dueño, un alemán, nos obsequió con jabalí asado, gallinas y huevos. Me indicó que había una fuente termal arriba del Sábalo, pero no tuvimos tiempo para ir a conocerla. Más allá del Sábalo, el San Juan se profundiza y corre perezosamente entre riberas bajas y cenagosas. Las altas palmeras, tan frecuentes en el delta del río, reaparecen aquí con sus grandes hojas ásperas, de veinte pies de largo, que se yerguen casi desde el suelo.

Nuestros boteros continuaron remando todo el día, redoblando sus esfuerzos a medida que se acercaba la noche y cantando al golpe de sus remos. Estaba sorprendido de su resistencia, pues continuaron remando hasta las once de la noche, cuando llegamos a San Carlos, después de haber avanzado unas treinta y cinco millas durante todo el día y contra la corriente.

San Carlos está en la cabecera del río y a la entrada del Gran Lago de Nicaragua, a unas 120 millas de Greytown. El nivel medio de las aguas del lago, de acuerdo con las medidas del Coronel O.W. Childs, era de ciento siete pies y medio en 1851, de modo que el río desciende un poco menos de un pie por milla, en promedio. Por otra parte, la altura del paso más bajo entre el lago y el Pacífico se estima en veintiséis pies sobre el nivel del lago; por lo tanto la más alta elevación entre ambos océanos alcanza solamente unos ciento treinta y tres pies en ese paso. Admitiendo un error de unos pocos pies cuando se verifique una medida cabal de mar a mar, no habrá duda que este punto representa el paso más bajo entre el Atlántico y el Pacífico en Centro América. Esta circunstancia, más el inmenso depósito natural de agua, cerca de la cabecera de la navegación, indican que en esta ruta puede construirse un canal navegable entre los dos océanos.

En vez de cortar el canal desde la bifurcación del delta del San Juan al mar, como se ha propuesto, se puede enderezar y dragar el ramal del Colorado hasta la requerida profundidad. Más arriba, los raudales de El Toro, El Castillo y Machuca, forman represas naturales, a través del río, que pueden levantarse para formar esclusas, profundizando el agua entre ellas. De este modo el gran costo de abrir un canal se reduciría, evitándose a la vez la terrible mortandad que siempre se produce entre los trabajadores, cuando se realizan excavaciones en el suelo virgen de los trópicos, especialmente sobre terrenos fangosos, como sucede en este caso entre el lago y el Atlántico. Otra ventaja sería el uso de la energía del vapor para ahondar el río, con la cual se evitaría contratar la multitud de trabajadores que demandaría la excavación de este canal, cuyo trazado pasa ventajosamente a través de la selva virgen, rica en maderas para combustible.¹³

¹³ La Comisión destacada por el Gobierno de los Estados Unidos para estudiar la factibilidad de construir un canal a través del istmo, se decidió a favor de la ruta nicaragüense. El trabajo se inició en Greytown, en 1889; pero después de haber gastado cuatro millones y medio de dólares, el proyecto fue abandonado, por razones políticas, a favor de la ruta por Panamá. (Nota agregada en la segunda edición).

San Carlos es un pueblito a orillas del Gran Lago, que descarga sus aguas a través del San Juan, que lo desagua en el océano. Vigilando la entrada del río, en una colina detrás de la ciudad, están las ruinas de lo que fue una vez un resistente fuerte, construido por los españoles; sus desmoronadas murallas están ahora cubiertas con las delicadas frondas de un helecho, *Adiantum*.

El pueblito posee una simple y tortuosa calle, que asciende desde el lago. Las casas son principalmente cabañas techadas con palmas, con pisos de tierra rara vez o nunca barridos. La gente es de origen mezclado: indios, españoles y negros, siendo los primeros el elemento predominante. Dos o tres establecimientos mejor construidos y la comandancia del gobernador militar, reivindicaban al lugar de su aspecto de miseria total. Detrás del pueblo hay unos pocos claros en la selva, donde crece el maíz. Algunos naranjales, bananales y platanales, completan la lista de las producciones de San Carlos, que se mantiene gracias al comercio de las embarcaciones que van en una u otra dirección y a los huleros que parten desde allí en expediciones al río Frío y a otros ríos. Encontramos casualmente en San Carlos a dos hombres traídos del río Frío por sus compañeros. Venían muy lastimados, por haberse caído de lo alto de un árbol de hule, al romperse las lianas que sujetaban las escaleras. Supe que éste fue más bien un accidente raro, ya que las lianas son generalmente muy duras y fuertes, como buenos cables.

Muchos relatos fabulosos se propalan sobre el río Frío y sus pobladores; historias de grandes ciudades, ornamentos de oro, gente de cabellos claros, etc. Podría ser útil, por tanto, referir aquí lo que se conoce acerca de la región.

El río Frío baja desde el interior de Costa Rica, para desembocar en el San Juan cerca de donde éste emerge del lago. Las riberas de su curso superior están pobladas por una raza de indios que nunca se han sometido al dominio español y sobre los cuales casi nada se conoce. Se trata de los *guatusos*, de los que se dice tienen el pelo rojizo o claro y facciones europeas, característica sobre la cual se han conjeturado ingeniosas teorías; pero

desvaneciendo tales especulaciones, los huleros han capturado y traído algunos niños e incluso adultos, y todos ellos muestran los rasgos comunes y el áspero pelo negro de los indios. Un chiquillo que el Dr. Seemann y yo vimos en San Carlos, en 1870, tenía unos pelos café, entre la gran masa de los negros; pero este carácter puede ser reconocido entre muchos indígenas, como el resultado de una leve mezcla de sangre extranjera. He visto unos cinco niños procedentes del río Frío y a un muchacho de unos dieciséis años de edad; todos presentaban los rasgos comunes y el pelo de los indios; aunque me llamó la atención que parecían algo más inteligentes que la generalidad de ellos. Además de éstos, una mujer capturada por los huleros y traída a El Castillo, no presentaba, en opinión de los que la conocieron diferencia alguna con el tipo corriente de los indios.

La guatusa¹⁴ es un animal del tamaño de una liebre, muy común en América Central y de buena carne. Presenta un pelaje café rojizo, color que los nicaragüenses identifican con el pelo de los indios de río Frío, por lo cual les llaman “guatusos.” Es muy propio entre las tribus indígenas de América llamarse por nombres de animales silvestres y en mi opinión este es el origen de la fábula del pelo rojo, como teoría para explicar el nombre de guatusos. Los naturales de Nicaragua y de regiones aún más cercanas a mi país, son aficionados a explicar caprichosamente los nombres de lugares y cosas. Confirma lo que digo la aseveración de un nicaragüense, educado e inteligente, de que Guatemala fue llamada así por los españoles por encontrar el *guate* (una especie de zacate), muy malo en ese país, de ahí el origen de “Guatemala.” Cualquier estudiante de historia mejicana conoce que el nombre fue una tentativa española para pronunciar el viejo vocablo azteca de *Guauhquemallan*, que significa “la tierra del águila.” Ya tendré otra oportunidad, en el curso de esta narración, de advertir cuán cuidadoso debe ser un viajero en Centro América, para no admitir las explicaciones que los

¹⁴ *Dasyprocta punctata*, mamífero roedor de América tropical (NT)

nativos dan sobre los nombres de lugares y de cosas.

Los primeros que llegaron a río Frío fueron atacados por los indios, quienes mataron a varios a flechazos. En consecuencia prevalecieron opiniones exageradas sobre su ferocidad y arrojo, y por mucho tiempo el río siguió siendo desconocido e inexplorado; y posiblemente seguiría así, si no fuera por los huleros. En efecto, cuando el comercio de hule se desarrolló, los árboles en las regiones más accesibles del bosque pronto se agotaron y los colectores se vieron obligados a penetrar cada vez más lejos en las intransitadas espesuras de la vertiente atlántica. Algunos, más aventurados que otros, remontaron el río Frío y, bien provistos de armas de fuego, que usaron despiadadamente, derrotaron a los pobres indios, armados solamente de lanzas, arcos y flechas, empujándolos selva adentro. Los pioneros que remontaron el río tuvieron tal éxito en localizar hule, que otras partidas se organizaron, y ahora es común remontar el río Frío desde San Carlos. Los pobres indios quedaron tan temerosos de las armas de fuego, que a la primera aparición de un bote por el río, abandonan sus casas y corren a la selva en busca de refugio. Los huleros saltan a la ribera y se apoderan de todas las cosas que los pobres fugitivos han dejado atrás; en algunos casos abandonan a sus chicos, que son capturados y llevados como trofeos a San Carlos. La excusa para robar niños es que se traen para bautizarlos y cristianizarlos; y me pesa decir que este vergonzoso trato a los pobres indios es disimulado por las autoridades. Supe que un comandante de San Carlos había tripulado algunas canoas y remontado el río hasta los platanares de los indios, cargando los botes con sus productos, para venderlos en San Carlos, donde la población se muestra indolente para sembrar por sí misma.

Todos los que han remontando el río hablan de la gran cantidad de plátanos cultivados por los guatusos, pues esta fruta y la abundante pesca en el río, constituyen sus principales alimentos. Las casas son grandes cobertizos abiertos a los lados y techados con palma "suinta." Varias familias viven en la misma casa, como es costumbre entre los indios. El piso es mantenido

bien limpio. Me divertía con una dama en San Carlos, quien al describir las habitaciones indígenas, al Dr. Seemann y a mí, apuntó a su propio piso, desarreglado y sin barrer, diciendo “mantienen sus casas muy limpias, como ésta.”

El chico y la mujer capturados y traídos desde el río Frío se escaparon, el uno desde San Carlos, la otra desde El Castillo, pero ninguno logró llegar a su casa, a causa de los pantanos y ríos del trayecto; y luego de vagar algún tiempo por el bosque, fueron vueltos a capturar. Vi al mozalbete poco después de su recaptura. Había vivido un mes en la selva, alimentándose de raíces y frutas, y casi murió de inanición. Poseía un inteligente y agudo sentido de sí mismo, hablando continuamente en su propia lengua, aparentemente sorprendido de que la gente a su alrededor no comprendiese lo que decía. Lo llevaron a El Castillo, donde encontró a la mujer capturada un año antes y que había aprendido un poco de español. Utilizándola como intérprete trató de conseguir permiso para retornar al río Frío, con el compromiso de regresar con sus padres. Desde luego, este simple artificio del pobre muchacho quedó sin efecto. Fue trasladado a Granada con el propósito, según dicen, de educarlo a fin de establecer un medio de comunicación con su tribu.

Los huleros traen muchos artículos robados a los indios: cuerdas hechas de fibras de bromeliáceas, anzuelos de huesos y utensilios de piedra. Entre estos últimos tuve la suerte de conseguir una ruda hacha, montada sobre un mango de madera, tallado con piedra, fijada en un hueco excavado en el extremo grueso del mango.¹⁵ Este es un hecho singular que muestra la persistencia de los modos especiales de hacer cosas a través de largas edades y entre gente de la misma raza. En los antiguos códices de México, Uxmal y Palenque, se representan hachas de

¹⁵ Ilustrada en *Ancient Stone Implements*, de Evans, 1a ed., p 155. En la primera edición aparece equivocadamente como procedente de Tejas. Se ha señalado que el hombre primitivo adoptaba el método opuesto al hombre moderno, cuando montaba sus hachas ajustamos el mango en un hoyo en la cabeza del hacha, pero antiguamente se insertaba la cabeza en el hueco del mango.

bronce fijadas en forma idéntica, en los huecos de la parte más gruesa de los mangos.

Dormimos a bordo de uno de los vapores de la *American Transit Company*. Estaba muy oscuro cuando arribamos a San Carlos, sin lograr ver esa noche nada del Gran Lago, pero escuchábamos sus olas rompiéndose sobre la playa, como en la costa del mar. Desde lejos venía aquel quejumbroso sonido que ha relacionado, desde las más tempranas edades de la historia, la idea del mar con la de pesar y tristeza.¹⁶

El vapor donde pernoctamos era uno de los cuatro pertenecientes a la *Transit Company*, que estaba en ese tiempo en quiebra. Al final, los botes fueron vendidos; el señor Hollenbeck adquirió algunos para la compañía de navegación que fundó. Estos vapores son expresamente construidos para ríos poco profundos, y son de diferente estructura que los que vemos en Inglaterra. El fondo es completamente plano, dividido en compartimientos; la primera cubierta sobresale unas dieciocho pulgadas sobre el nivel del agua, de la cual no está resguardada por ninguna defensa u protección. Sobre esta cubierta viene la carga y están las máquinas de dirección. Una caldera vertical va fijada hacia la proa y dos motores horizontales accionan unas grandes paletas en la popa. La segunda cubierta es de pasajeros, levantada sobre livianos pilares de madera sujetos con chapas de hierro, y a unos siete pies sobre la primera. Más arriba existe otra cubierta, donde está el camarote de los oficiales y el timón. El aspecto de tal estructura es más de una casa que de un barco. *El Panaloya*, en el cual viajábamos, caló tres pies bajo el peso de cuatrocientos pasajeros y veinte toneladas de cargamento.

¹⁶ "Hay un lamento sobre el mar, que no puede aplacarse" (Jeremías, XLIX, 23).

IV

EL LAGO DE NICARAGUA • OMETEPE • PLACIDEZ SOBRE EL LAGO •
GARZAS BLANCAS • LLEGADA A SAN UBALDO •
CABALGATA POR LAS PLANICIES • VEGETACIÓN DE LOS LLANOS •
CUSUCOS • SABANAS • JÍCAROS • GUACALES •
ORIGEN DE LA ARTESANÍA DE LA CALABAZA • COYOTES •
CRIANZA DE MULAS • LLEGADA A ACOYAPA • FIESTA •
CRUZANDO LA CORDILLERA • ESQUIPULAS •
EL RÍO MICO • SUPUESTAS ESTATUAS EN SUS RIBERAS •
EL PITAL • CULTIVO DEL MAÍZ •
SU USO EN AMÉRICA DESDE LAS MÁS TEMPRANAS EDADES •
DIVISIÓN ENTRE LAS TRIBUS CONSUMIDORAS DE MAÍZ Y DE YUCA •
TORTILLAS • ELABORACIÓN DEL AZÚCAR •
ENTRANDO EN LA SELVA DE LA VERTIENTE ATLÁNTICA •
VEGETACIÓN SELVÁTICA • CAMINOS LODOSOS •
LLEGADA A SANTO DOMINGO



A LA ALBORADA YA ESTABA EN PIE, ansioso de ver el Gran Lago, del cual había oído hablar tanto. Un gran espejo de agua apacible se extendía hacia el noroeste, tan lejos como el ojo podía alcanzar, salpicado de islas entre las que se destacaba, desde todos los ángulos del lago, el gran pico cónico de Ometepe, irguiéndose 5,050 pies sobre el nivel del mar y 4,922 pies sobre la superficie del lago.

A la izquierda, en la borrosa distancia, estaban las montañas de Costa Rica, cubiertas de nubes; y a la derecha, más cerca, se extendían bajas colinas y cordilleras revestidas de oscuros bosques.

El lago es demasiado grande para ser llamado bello; su vasta extensión, sus límites que apenas se vislumbran y sus picos nublados, estimulan la imaginación más allá de lo que el ojo percibe. En este extremo el lago es poco profundo, posiblemente por el lodo acarreado y depositado por el río Frío.

Sesenta millas de viaje nos esperaban sobre el lago, que revalorizaríamos a vela más bien que a remo. Una vez enjarcados dos delgados mástiles, poco después de las siete, nos deslizamos suavemente desde San Carlos, amparados por leve brisa, que por una hora nos refrescó y empujó a razón de unas seis millas por hora. El sol se levantaba cada vez más alto, mientras el día se tornaba cada vez más caliente. Hacia el mediodía el viento nos falló de nuevo y el sol sobre nuestras cabezas nos chamuscaba con sus rayos, suspendido en un claro y despiadado cielo, mientras el barco reposaba como un leño sobre el agua y la brea se derretía en las juntas por el calor. La superficie del lago estaba inmóvil, excepto un apacible vaivén. Ya casi asados por el sofocante calor, vino por fin una ondulación sobre el agua, desde el noreste. Pronto nos alcanzó la brisa y el tormento se acabó. Las velas dejaron su pereza, se inflaron con el viento y la embarcación se lanzó a través de las encrespadas olas, reviviendo nuestros decaídos espíritus. Sacamos las provisiones y la vida se reanudó en el barco. La brisa nos favoreció toda la tarde y al anochecer pasamos las islas de Nancital, después de viajar todo el día pocas millas de la costa noreste del lago, cuyas riberas se veían por doquier cubiertas de oscuras y destellantes selvas. Una de las islas era el sitio favorito que escogían las garzas blancas para pernoctar. Venían de todas las direcciones hacia la isla, y a medida que la noche caía, los árboles y matorrales a la orilla del agua se cubrían de garzas, que brillaban como grandes flores blancas contra el verdinegro follaje.

Bandadas de patos reales y piches también volaban hacia sus comedores al anochecer. Grandes masas de plantas flotantes, lechugas de agua, abundaban en el lago, sobre las que posaban las garzas blancas y otras aves acuáticas. Los boteros me dijeron —y la historia es probablemente cierta— que los lagartos flotan como leños y, con sus ojos sobre el agua, vigilan a estos pájaros; nadando quietamente hasta unas pocas yardas de donde están, se sumergen para cogerlos de las patas y ahogarlos bajo el agua. Además de los lagartos, grandes tiburones de agua dulce son frecuentes en el lago. Algunas veces, en el agua poco profunda, veíamos una estela alejándose del barco, producida por algún gran pez: era, según me decían, un tiburón.

Caída la noche, el viento nos falló nuevamente, llevándonos de espacio hasta que al fin llegamos al puerto de San Ubaldo, alrededor de las 10 PM. Me recibió un oficial de la compañía minera, que vivía en una cabaña pajiza, encargado de despachar las maquinarias y otros efectos que arribaban para las minas. Pernocté en un establecimiento entejado del terrateniente Don Gregorio Cuadra y tendí una hamaca para acogerme a la sombra de sus corredores.

Temprano al siguiente día, colocamos nuestro equipaje sobre mulas de carga que nos aguardaban en San Ubaldo. Cruzamos entre colinas bajas y rocosas, de escasa vegetación, y después de pasar la finca San José llegamos a los llanos del mismo nombre, de unas dos leguas de ancho, que estaban secos y polvosos, pero que durante la estación lluviosa forman grandes charcos entre tenaces lodazales, donde las mulas chapalean y se hunden.

En medio de estos llanos existen unos montículos rocosos, como islotes, sobre los que crecen cactus espinosos, arbustos coriáceos, delgadas palmeras ásperas, de frutas como ciruelas,¹⁷ punzantes cornizuelos y espinosas piñuelas. El carácter espinoso de la vegetación es propio de los lugares secos y pedregosos, de terrenos sujetos a grandes sequías. Así se protege esta

¹⁷ Coyoles (NT)

vegetación contra los animales herbívoros, que ramonean sobre los tallos cortos y las ramitas, cuando el zacate se ha secado. Pequeños cusucos abundan cerca de estos montículos pedregosos, alimentándose de hormigas y otros insectos. Fuimos en persecución de uno que descubrimos a cierta distancia de las rocas, entre la planicie agrietada y reseca, y aunque no corría muy rápido, el terreno rajado favorecía su escape, hasta que finalmente lo capturamos. Palomas de color café, cuyos tamaños varían entre el de un tordo y el de una paloma común, se encontraban por doquier y eran muy tímidas. Una de las especies más pequeñas¹⁸ acostumbra a bajar a las calles de los pueblos pequeños en busca de semillas —como hace el pardal— aventurándose más que este pájaro, ante la indiferencia de los chicos, quizás más indolentes para correr tras de ella que faltos de crueldad.

Después de haber cruzado los llanos cabalgamos sobre onduladas colinas, llamadas aquí sabanas, con brotes de bosques en las partes levantadas, y entre pequeñas planicies donde crece el jícara, de hojas ternadas. Este árbol, del tamaño de un manzano, produce un fruto que tiene la forma, el tamaño y el aspecto de una gran naranja verde, el cual crece sobre el tronco y las ramas y no entre las hojas. Posee una delgada pero endurecida cáscara, que encierra cierta clase de pulpa seca llena de semillas, de la cual se alimentan las aves de corral y aún los caballos y el ganado en la estación seca; éste algunas veces, se atraganta con las frutas, en su intento por comerla. De la semilla molida se hace una refrescante bebida, muy gustada en Nicaragua. Los jícaros crecen separados y equidistantes como si fueran plantados por el hombre.

De la delgada y endurecida cáscara del fruto, labrada exteriormente con variadas figuras, hacen los nativos recipientes para beber; también cultivan otra especie de jícara de frutas redondas, del tamaño de la cabeza de un hombre, de las cuales

¹⁸ La paloma de San Nicolás o *Columbigallina passerina* (NT)

se fabrica un cuenco más grande.¹⁹ En las jícaras más pequeñas se bate y se sirve el chocolate en Centroamérica. Como son de fondo redondo, se colocan sobre pequeños soportes especiales en forma de copitas o de panitas.²⁰ A las alfarerías que fabrican, hasta el día de hoy, les dan los indios esta forma natural; sus tinajas y ollas son redondas en el fondo, por lo que se necesitan soportes para mantenerlas boca arriba.

Las comidas de Moctezuma se servían sobre gruesos cojines o almohadones, probablemente para asentar el fondo redondo de los cuencos y platos usados. Es posible que las formas redondeadas de la alfarería se originaran al moldear la arcilla sobre calabazas, que después se quemaban en el proceso del horneado. En los Estados del sur se han encontrado hornos donde se cocía antiguamente la cerámica; entre los restos medio horneados se han descubierto pedazos adheridos de calabaza, que habían servido de molde. Más tarde, cuando el alfarero aprendió a fabricar cuencos sin la ayuda de calabazas, conservó la figura del antiguo molde.

El nombre, al igual que la forma, ha mantenido su maravillosa vitalidad. Es el *xicalli* de los antiguos aztecas, cambiando a “jícara” por los españoles, para los que significaba una taza de chocolate. Aún en Italia, se oye una modificación de la misma palabra: una taza de té llamada “chicchera.”

Sobre unas lomas vislumbramos una pequeña manada de lobos o coyotes, del azteca *coyotl*, como aquí los llaman. Son más pequeños que el lobo europeo, astutos como una zorra, pero cazan en grupo. Nos miraron por pocos momentos desde la caja de la colina, para luego bajar trotando por el lado opuesto. Sus aullidos se escuchan con frecuencia al amanecer.

En estas planicies se cría ganado, caballos y mulas. Hay burros en algunas haciendas, donde se les impide aparejarse

¹⁹ Del fruto aovado de *Crescencia kujete* se sacan las jícaras mientras que de las frutas redondas del *Crescencia aalata* se fabrican los guacales (NT)

²⁰ Estos soportes se llaman “salvillas” en Chontales (NT)

con su propia especie, pero sí se les mantiene bien alimentados y en buenas condiciones. Son de pequeño tamaño. La crianza de mulas podría mejorarse mucho con la introducción de asnos mayores.

La vegetación sobre las planicies estaba secándose rápidamente. Numerosos árboles botan sus hojas durante la estación seca, al igual que los nuestros en otoño. La desolación del paisaje en marzo se mitiga por la floración de varias clases de árboles, una vez que han perdido sus hojas. Aparecen entonces como cúpulas de brillantes colores —algunas rosadas, otras rojas, azules, amarillas, o blancas— o como racimos de un solo color. Uno de estos simulaba un gigantesco *rhododendron*, con manojos de grandes flores rosadas.²¹ Las floraciones amarillas pertenecen a cierta clase de algodónero silvestre,²² de cuyas cápsulas los nativos extraen la fibra para rellenar almohadas.

Alrededor de la una, cruzamos un río más bien grande, para luego tener a la vista el pueblo de Acoyapa, uno de los principales de la provincia de Chontales. Nos hospedamos y cenamos en casa de Don Dolores Bermúdez, caballero nicaragüense, educado en los Estados Unidos y que hablaba fluidamente el inglés. Tuvo la amabilidad de llevarme por el pueblo, informándome sobre las antigüedades y productos naturales de la región. Acoyapa y sus alrededores tienen unos dos mil habitantes. Los comerciantes, abogados y hacendados, descienden de españoles o mestizos, pero entre las clases bajas hay mucho de indio y algo de negro. También existen indios puros esparcidos en el distrito, que viven cerca de los ríos y arroyos, cultivando parcelas de maíz y frijoles.

El centro del pueblo está ocupado por una gran plaza, en uno de cuyos lados se levanta la iglesia, con fachada de adobe, y en los otros tres lados, las principales tiendas y casas del pueblo.

²¹ Posiblemente se trata del roble sabanero (NT)

²² Es el Poroporo, o Tecomajoche, *Cochlospermum vitifolium* (NT)

Una pareja de cocoteros crece frente a la iglesia, pero no se desarrollan como en la costa del mar. Era sábado 22 de febrero, día de gran fiesta en Acoyapa. El pueblo estaba lleno de gente del campo, que se divertía con carreras de caballos, peleas de gallos y aguardiente. El pleito de los gallos es muy cruel, pues las aves van provistas de largas navajas, en forma de hoz, atadas a sus espolones, con las que se infieren terribles cuchilladas y heridas. Todos los nicaragüenses son aficionados a esta diversión; y en casi todas las casas, se encuentra un gallo, atado de una pata en una esquina, tratado como uno de la familia. Los curas son grandes instigadores de esta práctica, que constituye la diversión común de los pueblos, los domingos por la tarde. He oído muchas historias de los padres, que después del servicio corren a la gallera con un gallo bajo cada brazo. Se hacen apuestas en las riñas y mucho dinero se pierde o se gana en tal deporte.

Como la mayoría de los pueblos nicaragüenses, Acoyapa parece haber sido un poblado indígena antes de la conquista. El nombre es aborigen y el Sr. Bermúdez me señaló en la plaza varias piedras planas, sobre las cuales se han tallado círculos y varios caracteres rectos y curvos, que cubren la superficie entera de la roca. Algunos rudos fragmentos de estatuas de piedra se han encontrado en los alrededores, que también se guardan en la ciudad. Los españoles llamaron al pueblo San Sebastián, pero prevalece el nombre más antiguo, a pesar de que en los documentos oficiales se usa el nombre español. Acoyapa es un distrito ganadero; posee algunas grandes haciendas de ganado, especialmente hacia el lago. El pueblo sufre de fiebres debido a los pantanos de los alrededores. Sin embargo gran parte de su tierra es fértil, aunque poco cultivada, pues la gente, indolente, se contenta con vivir de escaso sustento.

Salimos de Acoyapa hacia las tres, siguiendo el curso del río al que cruzamos tres veces. Salvo cerca de la ribera, el campo está escasamente arbolado; es un placer, después de cabalgar en abiertas planicies, expuesto a los ardientes rayos del sol, alcanzar las sombrías riberas del río, donde crecen altos árboles de

espeso follaje, con lianas colgantes, bromelias, orquídeas, helechos y muchas otras epifitas encaramadas sobre sus ramas. A estos sitios acuden hermosos pájaros, entre los cuales se destacan el chichiltote, un precioso cantor, negro y naranja, y un trogón *Trogon melanocephalus*.²³

Remontamos una alta cordillera, desde cuya cumbre tuvimos la espléndida vista de las planicies y sabanas que habíamos cruzado, del gran lago con sus islas y volcanes, y más allá, de las penumbrosas montañas de Costa Rica, donde viven los indios del río Frío y otras tribus poco conocidas. Frente a nosotros se extendían sabanas zacatosas, con árboles escasos, excepto donde las ondulantes líneas de vegetación formadas por grupos de bambúes, de color verde claro, marcaban el curso de los ríos o de las quebradas de la montaña. Por todos lados aparecían, como puntos, ranchos pajizos, habitados por los propietarios del ganado vacuno y caballar que pastaba entre los prados. Lejos, a la distancia, limitaba la vista una línea oscura: la sombría selva, que ahí comienza y que se extiende sin interrupción hasta el Atlántico. Cerca de sus límites, una cordillera de siete picos marca las vecindades de La Libertad, donde empieza el distrito minero.

Bajando por la falda de la cordillera, encontramos que las sabanas, en este lado oriental, son mucho más húmedas que las situadas al oeste; a medida que avanzábamos, la humedad del terreno aumentaba y algunos valles y pantanos se hacían difíciles para las mulas. Aunque la estación seca había comenzado y esos lugares estaban secándose rápidamente, el lodo era muy pegajoso, a tal punto que en un pésimo paso, llamado del “estero,” mi mula cayó apresándome la pierna y atollándome en el lodo. La pobre bestia estaba agotada y no se movía. La noche avanzaba veloz y se perfilaba oscura. Aunque estaba a la zaga de mis compañeros, tuve la suerte de hacerles llegar mis gritos; y pron-

²³ Los trogones son los llamados popularmente “viudas,” caracterizados por su plumaje gris oscuro sobre la espalda y brillantemente coloreados de rojo, verde o amarillo por debajo. A esta familia también pertenece el quetzal (NT)

to regresaron a libertarme de mi incómodo apuro. Sin otros contratiempos, arribamos a Esquipulas, una villa poblada principalmente por mestizos.²⁴ Colgamos nuestras hamacas en una casita pajiza, que pertenece a la compañía minera, la cual mantiene allí muchos bueyes, debido al excelente pasto de los alrededores.

La villa de Esquipulas está cerca del río Mico, que nace en las cordilleras boscosas hacia el este; corre por varias millas a través de sabanas y vuelve a entrar en la floresta para desembocar en el Atlántico, en Bluefields, en forma de ancho y profundo río. Este río debió acoger a una gran población indígena, que vivía en villorrios asentados cerca de sus riberas. Sus sitios mortuorios, marcados por grandes túmulos de piedras, son frecuentes, asociados con fragmentos de cerámica, quebrados ídolos de piedra y pedestales. Cerca de Esquipulas hay ciertos montículos artificiales, rodeados de grandes piedras, y parece que esta villa y la llamada Santo Tomás, pocas millas al sur, están construídas sobre sitios de antiguo pueblos indígenas.

Los indios del río Mico dieron querella a los españoles que intentaron colonizar la región: a unas dos leguas de Acoyapa, me señalaron el sitio de un pequeño pueblo, ahora cubierto de árboles bajos y matorrales, donde los españoles fueron sorprendidos una noche por los indios del río Mico, muriendo todos, excepto las jóvenes que fueron llevadas cautivas. Desde entonces el lugar quedó desolado.²⁵

Muchas historias extravagantes se cuentan sobre las grandes estatuas que habían sido descubiertas en las riberas del Mico, río abajo de donde cruzamos; pero el señor Etienne, de La Libertad, quien navegó hasta Bluefields, y algunos huleros de Santo Tomás, que frecuentan el río, bajando por hule nativo, me ase-

²⁴ San Pedro de Lóvago actualmente. (NT)

²⁵ Posiblemente se refiere a los tres asaltos que indios miskitos y sumus realizaron sobre los pueblos españoles de Lóvago y Lovigüisca, instigados por los ingleses, en la segunda mitad del siglo XVIII (NT)

guraron que las supuestas estatuas no eran sino rudas caras y figuras de animales tallados sobre rocas. Parecen similares a las que se encuentran sobre muchos ríos que corren hacia el mar Caribe, y a las examinadas por Schomburgk sobre las rocas del Orinoco y del Esequibo. Otras como éstas, de indudable sello caribe, han sido localizadas en las islas Vírgenes; es posible que pertenezcan a una antigua y poderosa raza, diferente a la de los indios agricultores y escultores que habitaban en la parte oeste del continente.

Salimos de Esquipulas temprano a la siguiente mañana y cruzamos colinas bajas, poco arboladas, y sabanas hasta llegar al Pital, caserío con numerosos ranchos pajizos próximos al borde de la gran selva; en las orillas existían claros, para sembrar maíz, cultivado sobre tierras donde se habían talado los bosques. En algunas partes ya habían comenzado a cortar los árboles, dejando nuevos claros, que serían quemados en abril, para sembrar maíz al mes siguiente. Este es el modo usual, primitivo, como en México antes y durante la conquista española. Comienza el desmonte cortando la maleza de raíz, pues sería difícil hacerlo una vez que los grandes árboles han sido tumbados. A continuación éstos se cortan y queman en abril. Los troncos pequeños y el follaje se queman bien, pero la mayoría de los grandes quedan con muchas de sus ramas. Estas últimas son cortadas para formar cercas alrededor del potrero, que en El Pital y Esquipulas las hacen cerradas y altas para mantener fuera a los venados. En mayo se siembra maíz; el sembrador hace pequeños hoyos con una vara terminada en punta, separados por unos pocos pies, dejando caer dos o tres granos, que cubre con el pie. A los pocos días las hojas verdes se proyectan y crecen con rapidez. Numerosas malezas también brotan, pero en junio se cortan. El éxito de la cosecha depende en mucho del esmero con que esto se hace. En julio cada planta ha producido de dos a tres mazorcas y antes que el grano madure, las arrancan, excepto una, pues si se dejan más tiempo no maduran bien. Las mazorcas jóvenes se cuecen y constituyen una delicada legum-

bre. En esta época reciben el nombre de “chilotes,” del azteca *xilotl*. Los antiguos mejicanos, en su octavo mes (que comenzaba el dieciséis de julio), celebraban un festival llamado la fiesta de *Xilonen*. Los pobres indios tienen razón de regocijarse en esta etapa, pues agotadas sus reservas de maíz, el chilote es el primer fruto de la nueva cosecha. A comienzos de agosto, ya los granos están formados, aunque todavía son blandos y blancos. Se comen como maíz verde, llamado entonces “elote.” En septiembre, el maíz está maduro y seco; se almacena en tabancos sobre la habitación de los nativos. A menudo se recoge una segunda cosecha en diciembre.

El maíz es muy prolífico, pues se centuplica en cada mazorca. Desde los más antiguos tiempos, ha sido uno de los principales alimentos de las tribus occidentales de la América tropical. En la costa del Perú, Darwin encontró restos de maíz junto con dieciocho especies recientes de conchas marinas, sobre una playa levantada ochenta y cinco pies sobre el nivel del mar.²⁶ En ese mismo país se le ha encontrado en las tumbas, aparentemente más antiguas, anteriores a los tiempos más tempranos de los incas.²⁷ En México era conocido desde las épocas más remotas de que se tiene noticias, según las pictografías de los toltecas. Estos antiguos pueblos lo llevaron consigo durante sus migraciones. En la América Central las piedras con las que lo muelen, se encuentran invariablemente enterradas con las cenizas del muerto, como artículo necesario en su equipaje para el otro mundo.

Cuando Florida y Luisiana fueron descubiertas, todas las tribus indígenas nativas cultivaban maíz como alimento básico; y a través de Yucatán, México y el occidente de Centroamérica, y desde Perú hasta Chile, fue y sigue siendo el principal sustento de los indios. Los pueblos que lo cultivaron tenían más o menos

²⁶ *Geological Observations in South America*, 1846, p 49; y *Animals and Plants under domestication*, vol. 1, p 320.

²⁷ Von Tschudi, *Travels in Peru*, Edición en inglés, p 177.

una avanzada civilización: residían en poblados, sus comerciantes traficaban de uno a otro país con sus mercancías; poseían un carácter dócil y de fácil sometimiento. Es probable que esos pueblos consumidores de maíz procedieran de varias razas similares. En las Indias Occidentales poblaron Cuba y Haití; pero de Puerto Rico al sur, las islas estaban habitadas por caribes belicosos, quienes hostigaban a las tribus más civilizadas del norte. Del cabo Gracias a Dios hacia el sur, la costa oriental de América fue poblada primero por tribus rudas, que no sembraban maíz, sino que elaboraban pan de la raíz de la yuca *Manihot aipim*; y todavía en la Guayana inglesa, en el bajo Amazonas, y en el noroeste Brasil, se hace harina de la raíz de la mandioca, que es “bastimento” principal. El maíz fue llevado a Europa por los portugueses, pero no tiene nombre nativo y se usa principalmente como forraje del ganado y aves de corral y casi nunca para comida del pueblo. Esta diferencia fundamental en la comida de los indígenas permite relacionar a las tribus con su lugar de procedencia. Así Cuba y Haití, en las Indias Occidentales, parecen haber sido pobladas desde Yucatán y Florida, mientras que Puerto Rico y el resto de las islas hacia el sur, desde Venezuela.

En Centroamérica, en la actualidad, la masa del maíz se prepara igual que en el antiguo México; los granos se cuecen primero con ceniza o con un poco de cal; los álcalis sueltan la corteza del grano, que se desprende fregándolo bajo el agua poco a poco; se colocan después sobre una piedra ligeramente cóncava, llamada metate, del azteca *Metlatl*, moliéndolos con otra piedra en forma de rodillo y vertiendo un poco de agua durante el proceso, hasta constituir una pasta, la cual se aplana con las manos, modelando una torta de unas diez pulgadas de diámetro y tres dieciseisavos de pulgada de grueso; a continuación, ésta se cuece sobre un comal cóncavo de arcilla. Estas son las llamadas tortillas y son muy nutritivas. En mis viajes las prefería al pan de harina de trigo. Bien hechas y comidas calientes, son deliciosas.

Existen pocas plantaciones de caña de azúcar cerca de El Pital. El jugo de la caña es exprimido con toscos rodillos de ma-

dera, tres en fila; el central mueve los laterales mediante engranajes. Todo el conjunto es puesto en movimiento por bueyes que giran alrededor, de la misma manera como lo hacen en torno a los molinos. Los ejes de los rodillos, desprovistos de grasa, rechinan y chillan como una piara de hostigados cerdos, revelando su presencia mucho antes de que el viajero arribe al lugar. Del jugo hervido se extrae un azúcar impuro. Creo que el azúcar de caña era desconocido para los primitivos habitantes del país, pues no lo mencionan los historiadores de la conquista de México y del Perú, y no tiene, al contrario del maíz y del cacao, un nombre nativo.

Tan pronto como pasamos El Pital, entramos en la gran selva, en aquella orla oscura que divisamos millas atrás, y que se extiende desde este punto hasta el Atlántico. El camino se abre paso al comienzo a través de arbustos y matorrales, vegetación secundaria que se ha levantado donde la selva original fue sacrificada para plantar maíz; pero después de cruzar una quebrada bordeada por numerosas plantas de *pita*, de la cual se extrae una excelente fibra (y que da su nombre al Pital), entramos en la selva virgen. A cada lado del camino se erguían grandes árboles, con sus altas copas escondidas entre un dosel de hojas. Las lianas estrangulaban los troncos o colgaban de las ramas, pasando de un árbol a otro, entrelazando a los colosos con una gran malla de enroscados cables como las serpientes de Laoconte. Esta comparación se refuerza con el hecho de que muchos árboles están realmente agobiados bajo bejucos espirales. Algunas veces un árbol se presenta cubierto por bellas flores, que no le pertenecen, sino a una de las lianas que se enroscan entre sus ramas y envía al suelo sus tallos a manera de gruesas cuerdas. Helechos trepadores y orquídeas se aferran a los troncos y miles de epifitas se encaraman en las ramas. Entre estas últimas figuran las grandes aráceas, de las que se desprenden raíces aéreas, duras y resistentes, usadas en lugar de cuerdas por los nativos. Entre la baja vegetación figuran varias pequeñas palmas, de dos a quince pies de altura, así como también magníficos helechos

arborescentes, que crecen aquí y allá, cuyas plumosas coronas se despliegan a unos veinte pies del terreno y recrean la vista con su graciosa elegancia.

Grandes heliconias de hojas anchas, melastomáceas²⁸ de hojas coriáceas y begonias con sus hojas recortadas y tallos suculentos, abundan y sobresalen en las selvas de la América tropical. No menos evidentes son los guarumos, de tallo blanco y enormes hojas palmeadas, que se yerguen como grandes candlabros. En algunos lugares el terreno se encuentra tapizado de flores amarillas, rosadas o blancas, caídas de alguna invisible copa en las alturas; otras veces embalsama el aire un delicioso perfume, cuya procedencia se busca en vano, ya que las flores que lo emiten están escondidas entre piedras cubiertas de musgos, donde se arrinconan los helechos; y mientras el pensamiento se remonta hasta los verdes valles de Inglaterra, no tarda en ser atraído por los charcos centelleantes, adonde acuden los colibríes, que se precipitan como dardos sobre los arroyos, y se detienen, mantenidos sobre las alas que mueven con casi imperceptible velocidad. Vienen vestidos de púrpura, oro o esmeralda gloria; suspendidos en el aire miran al intruso excitadamente, girando primero un ojo y el otro después, para desaparecer de pronto como un destello de luz.

A diferencia de las planicies y sabanas que cruzamos el día anterior, donde el terreno estaba reseco por la estación, bañan la selva del Atlántico las lluvias que destilan los vientos alisios, manteniéndola siempre verde. Reina perpetua humedad en el suelo y perenne verano en el aire; la vegetación exuberante se encuentra en incesante actividad y verdor durante todo el año. Desconocidos son los tintes del otoño, los brillantes cafés y amarillos de los bosques ingleses, mucho menos que se conozcan los carmesíes, púrpuras y amarillos del Canadá, donde el follaje caduco supera en esplendor el agónico delfín.²⁹ Desconocidos

²⁸ Las llamadas "capirotes" en Santo Domingo (NT)

²⁹ Un pececillo que cambia de color al ser extraído del agua. (NT)

son también el sueño friolento del invierno y el amoroso despertar de la vegetación al primer toque gentil de la primavera. Una incesante y activa vida es la trama del escenario de las selvas tropicales, en la cual cada parte exhibe en detalle una variedad y belleza indescriptibles.

A la influencia nupcial de la eterna humedad y del calor se debe la infinita variedad de árboles en estas selvas. No crecen en aglomeraciones o masas de una sola especie, como nuestros robles, hayas y abedules, pues cada árbol es diferente de su vecino y se sobrepujan en insociable rivalidad, cada uno tratando de sobrepasar al otro. Por esta razón vemos grandes troncos rectos, que se elevan un centenar de pies, desprovistos de ramas, acarreado sus domos de follaje directamente hacia arriba, donde sopla la refrescante brisa y los rayos de sol vivifican. Las lianas se desesperan en busca de luz solar e innumerables epifitas se encaraman muy arriba entre las ramas.

El camino por la selva era intransitable, el lodo profundo y tenaz, las pendientes empinadas y resbalosas, obligando a las mulas a forcejear, hundiéndose dos o tres pies en pegajosa arcilla. Una parte llamada El Nisperal era especialmente empinada y difícil de bajar, perdiéndose el camino entre grandes zanjas. Cruzamos las serranías y quebradas casi en ángulo recto, siempre subiendo y bajando. A eso de las dos, llegamos a un claro donde había una hacienda cerca de la quebrada nombrada Las Lajas. Su dueño, un alemán emprendedor, llamado Melzer, cultivaba plátanos y legumbres, construía ladrillos y tejas y a la vez plantaba algunos miles de cafetos. Sus grandes plantaciones fueron un cambio placentero después de haber cruzado la selva, de modo que descansamos unos minutos en su casa. Después de cabalgar otra legua entre serranías cubiertas por las selvas, llegamos al Pavón, una de las minas de la Chontales Company y después pasamos la del Jabalí, arribando a Santo Domingo, donde están centradas las operaciones de la compañía minera, que yo había venido a supervisar.